

GENIO Y FIGURA

Moisés Alberto Saldaña Martínez:

**“DEBEMOS TENER DISCERNIMIENTO EN CUANTO
A LO QUE LEEMOS Y AL CONOCIMIENTO
QUE ASIMILAMOS”**

Emilio Machuca Vega ¹

Universidad Autónoma de Nuevo León

El doctor Moisés Alberto Saldaña Martínez es un historiador, catedrático e investigador regiomontano, miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es licenciado en Historia, maestro en Ciencias con especialidad en Ciencias Sociales y doctor en Filosofía con acentuación en Estudios de la Cultura por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Destaca por ser pionero de los estudios históricos de la religión en el noreste de México, pues su obra *El anticlericalismo oficial en Nuevo León, 1924-1936* (2009) sentó las bases de la investigación académica sobre la Iglesia católica a nivel regional. Actualmente se desempeña como profesor-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, y durante quince años ha sido principal responsable de la Cátedra de Historia del Noreste “Prof. Israel Cavazos Garza”. En entrevista, el doctor Saldaña aborda algunos detalles de su vida personal, comparte cómo encontró su vocación por la historia y en particular por la historia religiosa, y explica cuál ha sido la importancia de la Cátedra Israel Cavazos Garza a través del tiempo.

¿Qué me puedes decir sobre tus orígenes familiares y sobre tus primeros años?

Soy originario de Monterrey, Nuevo León, y mi familia igualmente es nuevoleonense. Mi familia paterna es de aquí de Monterrey y con raíces en algunos municipios del norte del estado. Mi familia materna es de Santiago. Nací en Monterrey el 8 de abril de 1978 y soy el menor de cuatro hermanos. Con respecto a mis estudios, cursé la primaria en un colegio bilingüe llamado Colegio Cultural Mexicano Americano entre 1984 y 1990. Posteriormente, estudié la secundaria en la Número 10, “Prof. Moisés Sáenz Garza”, entre 1990 y 1993. Luego cursé estudios medios superiores en la Preparatoria

15 Unidad Madero de la Universidad Autónoma de Nuevo León entre 1993 y 1995. Después estudié la licenciatura en Historia entre 1995 y 2000 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Y desde que egresé de la licenciatura fui invitado a trabajar en esta facultad, primero como auxiliar docente del maestro Nicolás Duarte Ortega —que en paz descanse—, entonces director de la facultad. Fui su auxiliar por dos o tres años. Y de hecho, todavía era auxiliar de él, y un año después fui invitado a ser por primera vez profesor titular de una asignatura del área básica, del área de filosofía. Se llamaba Problemas de la filosofía, una materia de primer semestre. Desde entonces, he laborado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Posteriormente obtuve la base alrededor del 2009, y en 2011 la planta como profesor de tiempo completo.

¿Por qué te convertiste en historiador? ¿Cómo surgió tu interés por la historia?

Mi interés surgió desde muy pequeño, leyendo libros que había en casa, como enciclopedias, y viendo películas y algunos documentales. Todo eso fue despertando mi interés. Y también el otro factor fue el contenido de los libros de texto de ciencias sociales que abordaban temas históricos, sobre todo a partir de la Edad Media, la Época Moderna y demás. Eran libros de quinto y sexto año de primaria y sus tópicos llamaron mucho mi atención. Ya un poco más grande, estando en la secundaria, me aboqué a rescatar fotografías antiguas de mis ancestros. De esa manera, a la hora de decidir qué carrera estudiar, estaba bastante indeciso, pero afortunadamente tuve el apoyo de mi familia y decidí estudiar lo que realmente me gustaba, que era la historia.

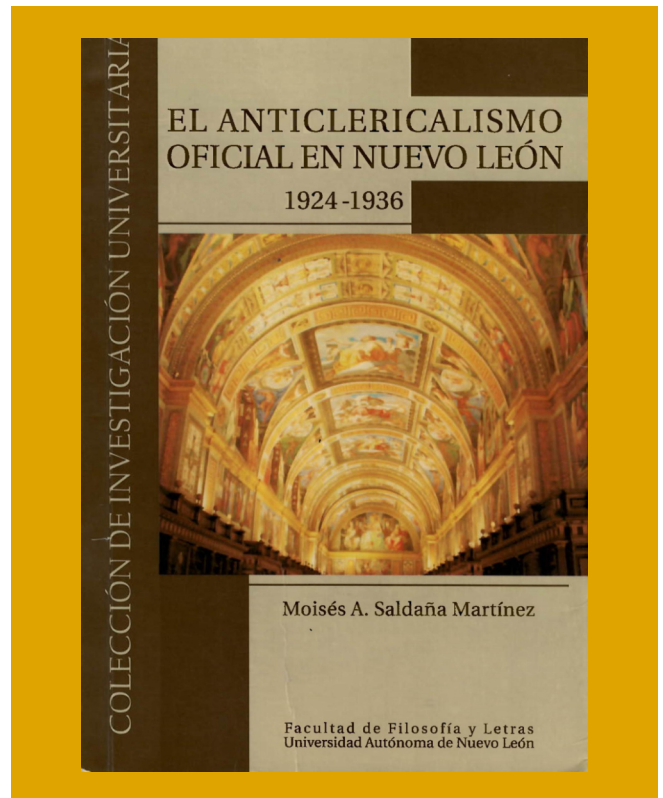
¹ Historiador. Es licenciado en Historia y Estudios de Humanidades por la Universidad Autónoma de Nuevo León, y máster en Ciencias de las Religiones por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente estudia el doctorado en Historia y Arqueología en la Universidad Complutense de Madrid y es investigador del Centro de Información de Historia Regional de la UANL.

¿Qué recuerdas de tu formación como historiador en la Universidad Autónoma de Nuevo León? ¿Qué maestros marcaron tu desarrollo profesional?

Yo realmente comencé la carrera un poco a manera de prueba. No estaba muy seguro de si tendría el perfil, de si sería capaz de desempeñarme en ello. Cuando me decían en mi familia que yo iba a ser historiador, no lo asimilaba. Poco a poco, ya desde el área básica y sobre todo en la carrera propiamente —a partir del cuarto semestre—, me fui dando cuenta de que por una parte me agradaban mucho los contenidos y, contrario a mis temores, me estaba yendo bien en general en las materias y en el desempeño. Y, por otro lado, forjé un excelente grupo de amigos dentro de mi generación. Eso me motivó mucho y me arropó mucho para continuar en la carrera.

Me siento muy orgulloso de haber tenido excelentes maestros, excelentes profesores en general. Te menciono algunos de ellos. Fue un extraordinario docente el doctor Mario Cerutti, uno de los más prestigiados de la facultad. Él me impartió materias de Historia de América Latina y fue un extraordinario docente. El maestro José Re-séndiz fue también un excelente maestro. Me impartió varias materias, desde Teoría de la historia, Historia de México e Historia contemporánea. Fue también un extraordinario docente con quien tuve una muy buena relación.

La maestra María Zebadúa, aunque solamente me impartió una materia —la de Edad Media—, me marcó mucho su manera de trabajar y el contenido de la materia de la que me enamoré y que ahora tengo el privilegio de impartir. La doctora Veronika Sieglin, una excelente teórica, conocedora de las teorías sociales, que me impartió materias relacionadas con la metodología y la teoría. La doctora María del Rocío Rodríguez fue una excelente maestra también, yo lo recuerdo con mucho cariño, siempre muy organi-



zada, siempre muy sistemática. Me impartió materias desde el área básica y luego en la carrera. Materias sobre Historia antigua, universal, occidental y también sobre Historia antigua de México. Fueron excelentes contenidos los que trabajé con ella.

Tuve también otros maestros de materias optativas a los que recuerdo y quise mucho. Decidí tomar un curso de latín que me impartió el maestro Enrique Puente Sánchez, un extraordinario docente que dominaba realmente las lenguas clásicas, con una gran experiencia y con quien tuve también una muy buena relación. El maestro Antonio Olvera también vale la pena mencionarlo, me impartió Historiografía mexicana e Historia de América Latina en una primera





fase y fue también un excelente maestro. Son algunos de los docentes que puedo mencionarte, que recuerdo de verdad con gran estimación, con gran cariño y de los que aprendí muchísimo.

En el presente 2026, cumples 25 años como profesor titular de la facultad. ¿Cómo describirías tu experiencia en la docencia universitaria a lo largo de todo este tiempo?

Así es, yo comencé con mi primer contrato como profesor titular en agosto de 2001, aunque tenía ya un año como profesor auxiliar desde agosto del 2000. Y efectivamente, acabo de cumplir 25 años como docente. ¿Cómo describiría mi trabajo docente? He tratado de hacer mi trabajo lo mejor posible, de desempeñarme de la mejor forma, de contribuir al aprendizaje de las múltiples generaciones —ya cincuenta— que han pasado por las aulas conmigo. Por supuesto, he tenido deficiencias, como cualquier persona las tiene. Pero mi esfuerzo se ha orientado a eso: a cumplir con mi trabajo lo mejor posible.

Y algo más que puedo agregar es que ha sido un trabajo muy satisfactorio para mí. Es gratificante recordar a todas las generaciones que he visto pasar, todos las y los egresados con un extraordinario desempeño, con un gran crecimiento en su formación y desempeño profesional como investigadores, que han sido reconocidos y premiados. No digo que sea por mí que han obtenido eso, pero pienso que he sido uno de los granos de arena dentro de esa edificación de su formación y desempeño, y eso es sumamente satisfactorio. Afortunadamente he transitado por estos 25 años sin ningún tipo de problema, ni con las autoridades de la facultad, ni con mis estudiantes. He procurado siempre tener la mejor relación posible con todos, con mis directivos, con mis colegas y con mis estudiantes.

¿Qué fue lo que orientó tus intereses de investigación hacia la historia de las religiones y de la Iglesia católica?

Creo que fue hacia fines de la carrera cuando comenzó a pasar por mi mente la posibilidad de investigar esos temas. De hecho, en una oca-

sión, un grupo de amigos, compañeros de generación, y yo, tratamos de presentar un proyecto de investigación para obtener un apoyo de Conarte, y era sobre una temática que justamente yo propuse y que ahora te comentaré. El proyecto no fue aprobado y ahí quedó el asunto. Después yo retomé esa temática para mi tesis de maestría.

Ingresé a la maestría en Ciencias con especialidad en Ciencias Sociales en agosto del 2002 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Entonces no tenía mucho de haber egresado de la carrera y de haber comenzado a trabajar en la facultad, y fue lo que me planteé para trabajar en mi proyecto de investigación. ¿A qué tema me refiero? Me refiero a la historia de la Iglesia en Nuevo León durante el siglo XX. Creo que hubo dos factores que me fueron despertando y alimentando ese interés. Uno fue cuando descubrí por primera vez el tema de la Guerra Cristera, leyendo uno de los libros de preparatoria de mis hermanos que lo abordaba y explicaba con cierta amplitud. Me apasionó mucho encontrarme con esa información que yo desconocía por completo, y me llamó mucho la atención ese episodio.

Yo daba por hecho entonces que esto había ocurrido por igual en todo el país y que aquí en Nuevo León también se habían suscitado levantamientos cristeros. Tiempo después, tuve una reunión con unos tíos, con la prima mayor de mi mamá y con su esposo, que habían vivido en tiempos de la Revolución, aunque muy pequeños, pero habían vivido en esa época. A mí me gustaba mucho ir a reunirme con ellos y a conseguir con ellos fotografías antiguas. Mis tíos me platicaban cosas de la Revolución, sobre los villistas y los carrancistas, etc. Entonces se me ocurrió preguntarles qué recordaban sobre la Guerra Cristera. Ellos eran personas humildes, personas que habían sido campesinos, que no habían tenido estudios, que no habían vivido en la ciudad en su tiempo. Y me llamó mucho la atención que ellos no sabían de qué les estaba hablando. Me di cuenta entonces que aquí en Nuevo León no pasó la guerra. Yo les comenté los años y ellos solo recordaban que las iglesias habían estado cerradas, que a la hermana de mi tía la tuvieron que bautizar en la casa y que el padre fue a bautizarla porque la iglesia estaba cerrada. Recordaban ese tipo de episodios, pero no conocían el término Cristiada, ni tenían claro que había sido un periodo de persecución significativa. Y eso también despertó mi curiosidad. Me pregunté: ¿por qué aquí no hubo levantamientos? ¿Qué sí ocurrió aquí entonces durante la época?

De tal modo que me interesé en abordar esa temática, que fue mi puerta de entrada al estudio de temas relacionados con la historia de la Iglesia en el siglo XX y a la historia de la Iglesia en general. Esos fueron, digamos, los detonantes desde pequeño, desde que estaba en la secundaria, allá a principios de los años noventa. Pero dentro de la licenciatura yo inicialmente no tenía claro qué línea investigar. De hecho, honestamente, en mis tiempos hacer una tesis no era algo tan usual en muchos de los estudiantes. La tesis se veía como algo muy extraordinario o difícil de desarrollar, porque implicaba abocarse de manera muy sistemática a la investigación, y por esa razón no me animé a hacer una tesis en licenciatura. Solamente dos compañeros de mi generación se animaron a hacer tesis: Bárbara Fuentes, sobre el mercado del arte en Nuevo León, y Antonio Peña Guajardo, sobre Francisco Naranjo. Nadie

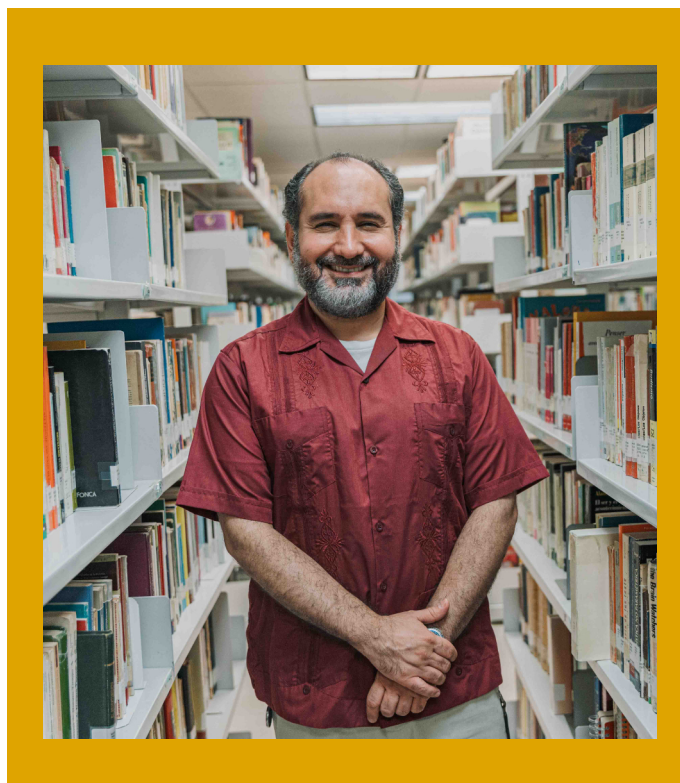
más de mis colegas. Había otras posibilidades para la titulación, quizá veíamos a la tesis —por lo menos lo digo por mi parte— como una alternativa que requería mucho tiempo y que era demasiado complicada. Fue hasta que se me presentó la necesidad de plantearme un proyecto de investigación para la maestría que inmediatamente el conflicto religioso se me vino a mi mente y decidí que ése era el tema que quería trabajar.

¿Por qué consideras que es importante estudiar la historia de las religiones hoy?

La religión es un fenómeno sociocultural muy importante, arraigado en las personas. Recuerdo mucho un comentario que hizo una vez la maestra María Zebadúa en la clase de Edad Media. Ella comentaba que, aunque la interpretación sobre las Cruzadas se buscaba en factores económicos y políticos, las personas de la época no iban a arriesgar todo lo que tenían y a dar incluso sus vidas solamente por cuestiones económicas: lo hacían por una convicción muy profunda que tenía que ver con sus creencias, con su fe. Menciono esta idea como referencia, porque en efecto las creencias religiosas son un móvil para muchas personas. Son un móvil que conduce su moralidad, que conduce a veces incluso hasta su filiación política y su activismo, que puede condicionar su cosmovisión. Así pues, a diferencia del viejo pronóstico ilustrado de que religión y modernidad serían inversamente proporcionales y, por lo tanto, la religión se iría extinguiendo, en los hechos esto es algo que no se ha verificado. Para mí la religión, en cualquier parte del mundo, y cualquier confesión de la que se trate, es un fenómeno sociocultural fundamental, que merece ser estudiado porque es algo que está arraigado en las mentalidades, en los sentimientos y hasta en las acciones políticas y cotidianas de las personas. No es un factor accesorio ni prescindible en el estudio de la sociedad.

¿Qué temas religiosos piensas que todavía falta por trabajar en el noreste de México?

Por una parte, falta profundizar sobre algunas épocas. Por ejemplo, creo que no hemos estudiado suficientemente la primera mitad del siglo XIX. Algunos colegas han estudiado algunos episodios, pero creo que es una etapa que valdría la pena estudiar con mucha mayor profundidad. También valdría la pena estudiar la religión desde otras aristas, no solamente desde la perspectiva institucional o del clero, sino



desde la perspectiva de las prácticas, de los feligreses, de sus filiaciones y de la diversidad de estilos o formas de religiosidad. Creo que sin duda hay varias temáticas, tanto en algunas temporalidades como en algunos enfoques —sobre todo desde abajo— para estudiar la religión. Algunos nos hemos abocado mucho hacia la cuestión institucional, que también hacía falta, pero valdría la pena ahondar en la cuestión de la feligresía y de los estilos de religiosidad.

¿Qué reconocimientos has recibido a lo largo de tu trayectoria profesional?

He recibido algunos reconocimientos, la verdad es algo que me enorgullece mucho y me da mucha satisfacción. Por allá del 2003, si no me equivoco, cuando el maestro Nicolás Duarte Ortega estaba cerca de concluir su periodo como director, me hizo el honor de entregarme un reconocimiento por mi trabajo docente en una celebración del Día del Maestro. Él reconoció mucho —y eso se lo agradezco profundamente— el trabajo como docente que yo fui desempeñando siendo su auxiliar. Porque en ocasiones él estaba presente, no siempre, y precisamente por eso tenía un auxiliar. Fue probablemente el primer reconocimiento importante que recibí dentro de mi desempeño laboral. Había recibido como estudiante algunos reconocimientos en preparatoria y facultad, pero como docente fue el primer reconocimiento que recibí.

Después tuve el honor de recibir otros. En 2007, una mención honorífica en el Premio de Investigación Histórica “Israel Cavazos Garza” por mi tesis de maestría, que sometí a concurso. Posteriormente, en 2024 recibí el primer lugar del Premio Museo de Historia Mexicana, en la categoría de tesis de posgrado, por mi tesis doctoral. Y fue también un gran honor para mí. He tenido también el honor de recibir otros reconocimientos institucionales. Por ejemplo, un reconocimiento a nivel nacional que se otorga a los profesores por cumplir con el perfil deseable como docentes. Se llamaba antes PROMEP (Programa de Mejoramiento del





Profesorado), ahora se llama PRODEP (Programa para el Desarrollo Profesional Docente). Es de parte de la Secretaría de Educación Pública, y desde 2012 —recién yo había recibido mi categoría como profesor de tiempo completo— comencé a concursar y de manera ininterrumpida desde entonces he estado renovando ese reconocimiento cuya duración es de tres años.

También, en el 2024 tuve el honor de recibir el reconocimiento en el Sistema Nacional de Investigadores en la categoría de candidato. Otro reconocimiento institucional, interno de la universidad, que se llama Programa de Estímulos para los Docentes, que es una especie de evaluación anual para recibir un estímulo económico. Y desde que obtuve la planta de tiempo completo, he estado concursando en este programa y he ido paulatinamente ascendiendo en el escalafón de ese reconocimiento. De manera que estos reconocimientos que he tenido el honor de recibir son parte de las grandes satisfacciones en mi desempeño profesional.

¿Cómo surgió la Cátedra de Historia del Noreste Prof. Israel Cavazos Garza?

Yo no estuve involucrado en la iniciativa. Hasta donde yo sé, a fines de 2010 la Dra. María Luisa Martínez Sánchez, entonces directora de la Facultad de Filosofía y Letras, propuso y acordó la creación de la cátedra con el Dr. Jesús Áncer Rodríguez, entonces rector de la UANL. Recuerdo muy bien que estando junto con otros muchos docentes, a los que se nos convocaba para aplicar los exámenes de admisión a la licenciatura, la doctora María Luis Martínez se acercó conmigo, me comentó sobre la creación de la Cátedra Israel Cavazos y me pidió que yo fuera el responsable. Yo en un inicio no dimensioné exactamente lo que esto implicaba, pero le agradecí mucho a la directora que me tomara en consideración y le dije que por supuesto aceptaba. Yo no tuve mayor involucramiento ya en el proceso de la ceremonia de inauguración de la cátedra, porque quienes se ocuparon de ello fueron obviamente la directora, el rector y, ya internamente en la facultad, el departamento de difusión coordinado por la licenciada Marlen Ramos. La ceremonia tuvo lugar el 2 de febrero de 2011 y en ella participó el maestro Israel Cavazos y otros invitados

especiales. Yo estuve presente y fui invitado a participar leyendo una semblanza biográfica del maestro Israel Cavazos. A partir de entonces, la doctora María Luisa nuevamente me dejó claro que yo sería el encargado de organizar las actividades de esta cátedra.

Al principio, la doctora quería darle el perfil de una especie de seminario de investigación con sesiones bastante frecuentes. Tratamos de organizarlo de esa manera, con una frecuencia mensual, con conferencias de algunos docentes. Inicialmente invité a algunos de los que habían sido mis profesores o colegas, varios de ellos ya jubilados entonces. El maestro Miguel Ángel González, la maestra María Zebadúa, el maestro Javier Rojas y el doctor José María Infante —destacado científico social que había sido mi profesor en la maestría—. Al principio se planificaron más actividades, pero con el tiempo quedó claro que esta frecuencia no era la ideal por diferentes razones, hasta que finalmente la cátedra adquirió el perfil de organizar semestralmente dos eventos académicos —generalmente conferencias, aunque también pueden ser presentaciones de libros o de otra índole— y, hacia el final del semestre, un coloquio de investigación, donde se invita a los estudiantes tesisistas a exponer sus avances de investigación. Ese es en general el perfil de actividades que la cátedra adoptó.

¿Qué dificultades y retos has enfrentado a lo largo de estos quince años como responsable de la Cátedra Israel Cavazos?

Las dificultades han sido de diversa índole. Ha habido dificultades de carácter administrativo para la gestión de eventos o del apoyo económico para los conferencistas invitados. Son dificultades que se han tenido que superar. Ligado a lo anterior, dificultades de carácter presupuestario, porque no hay un presupuesto asignado para la cátedra, por lo que dependemos de un apoyo por evento, que tenemos que gestionar y que está sujeto a que la administración en turno de la facultad esté en condiciones de otorgarlo. En muchas ocasiones, por esa razón, hemos procurado echar mano de académicas y académicos locales o que se encuentren aquí casualmente. A veces ha habido otras instituciones y otros colegas que han traído a algunos académicos, y nos han



hecho el favor de vincularlos con nosotros para que participen en la cátedra, y hemos aprovechado esas coyunturas. También ha habido a veces dificultades en el sentido de baja asistencia de parte de los estudiantes. Quizá ha sido una deficiencia de mi parte en cuanto a la difusión y a hallar los mecanismos para que la asistencia sea mejor por parte de los estudiantes. Ha sido sumamente lamentable para mí en algunas ocasiones llevar a algún conferencista y que la asistencia sea muy pequeña. Es lamentable, porque obviamente él o la conferencista hace el esfuerzo de prepararse y de acudir, y si hay baja asistencia, eso denota aparentemente poco interés.

Por supuesto que la pandemia fue una dificultad. Al principio no teníamos claro si habríamos de continuar realizando los eventos dentro del semestre cuando se interrumpieron las actividades por la pandemia, que fue durante el primer semestre del 2020. Habíamos solamente alcanzado a realizar una actividad y después lo interrumpimos, como se interrumpieron todas las demás actividades académicas. A partir del segundo semestre del 2020, retomamos la planeación y las actividades como siempre lo habíamos hecho, pero de manera virtual. Si no me equivoco, la primera actividad fue la presentación del libro *Historia social del cine en Monterrey durante el Porfiriato y la Revolución mexicana* de la maestra Cassandra Sifuentes, que contó con tu participación y con la del doctor Jacobo Castillo. Son algunas de las dificultades que hemos tenido: administrativas, logísticas, presupuestarias, de asistencia y algunas circunstanciales, como el Covid, que fue la más importante.

¿Por qué consideras que la Cátedra Israel Cavazos Garza ha sido importante para el Colegio de Historia y para la Facultad de Filosofía y Letras?

La cátedra se ha mantenido activa durante estos quince años sin lugar a dudas gracias al apoyo de las administraciones de la facultad, al apoyo de las y los colegas docentes y de los estudiantes, y al apoyo de las y los conferencistas que han acudido a compartirnos sus conocimientos. Pero creo que también ha habido un acierto, que no sé si me corresponde a mí mencionarlo —porque no me gusta hablar de mí mismo—, pero creo que la doctora María Luisa tuvo el acierto de nombrar a alguien, distinto del coordinador de la carrera, para que se encargara de planificar estas actividades. Lo digo porque con frecuencia, las y los coordinadores de las carreras son personas que

tienen muchas ocupaciones, por lo que agregar la planificación de actividades de una cátedra universitaria es muy difícil. Creo que fue un acierto desde un principio buscar a otra persona —que en este caso fui yo— para que de manera específica se encargara de planificar y gestionar estas actividades, y que no se manejaran de manera centralizada por parte solamente del coordinador o coordinadora, ya que esto habría dificultado la posibilidad de llevar este ritmo de actividades.

Ahora, ¿por qué considero que la cátedra ha sido importante? Porque creo que hemos logrado cumplir con los objetivos que desde un principio se le trazaron. Y esos objetivos han sido la difusión del conocimiento histórico —especialmente en sus nuevas contribuciones historiográficas, en las investigaciones de las y los académicos a nivel regional, nacional e internacional, así como de responsables de acervos históricos— y la generación de conocimiento. En sí misma la cátedra no lo genera, pero lo promueve a través de los coloquios de investigación, donde las y los estudiantes tesistas participan y exponen sus proyectos y avances, y reciben a su vez los comentarios de docentes y de otros compañeros estudiantes. Creo que esto ha sido también un ejercicio académico importante para los estudiantes en su formación, especialmente en el desarrollo de sus investigaciones.

¿Por qué, a diez años de su partida física, el profesor Israel Cavazos sigue siendo un referente para las nuevas generaciones de historiadores?

Definitivamente creo que es muy adecuado que la cátedra rinda homenaje con su nombre al profesor Israel Cavazos Garza. Es un honor, por supuesto, para esta cátedra universitaria. Y creo que es adecuado porque él fue un pionero, no solamente dentro de la profesionalización de los estudios históricos que él mismo desarrolló, a través de su formación en El Colegio de México y a través de sus investigaciones siempre muy puntuales, rigurosas y muy vastas. Sino también porque desde la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, el profesor Israel Cavazos comenzó a vincularse con esta institución para que se creara un departamento de historia y para que se comenzaran a impulsar los estudios históricos con perfil humanístico.

Fue también jefe de la sección de Historia del anuario *Humanitas*, editado por el Centro de Estudios Humanísticos, y profesor del primer cuerpo docente de la licenciatura en Historia, cuando ésta fue creada



en 1974. A través de todas estas contribuciones que el profesor Israel Cavazos tuvo directamente ligado a la universidad y a la facultad, promovió los estudios históricos cuando estos no existían en este ámbito, en este espacio. Y el profesor Israel Cavazos fue pionero en ello. Entonces me parece que es sumamente merecido que esta cátedra universitaria, abocada a los estudios históricos, lleve su nombre.

¿Cuál es el futuro de la Cátedra Israel Cavazos Garza?

No sé si yo voy a continuar siendo responsable, o en qué medida voy a continuar siéndolo. Actualmente soy corresponsable de la planeación y organización de estas actividades, junto con la coordinación de la licenciatura en Historia, pues por disposiciones administrativas actualmente se está manejando de este modo. Y le agradezco mucho al doctor Francisco Treviño por la confianza en ello. En primera instancia, el futuro de la cátedra, si yo continúo colaborando con estas actividades, es seguir trabajando como hasta ahora, al mismo ritmo de trabajo, organizando conferencias, eventos académicos y coloquios de investigación. En la medida de lo posible sería lo ideal que pudiéramos crecer y que pudiéramos mejorar.

Ya ha habido algunos ajustes y mejoramientos. Menciono solamente un ejemplo. Tradicionalmente desarrollábamos los coloquios de investigación de los estudiantes solamente a partir de sus ponencias, y los docentes y asistentes hacían sus comentarios con base en las exposiciones de los tesis. Sin embargo, desde hace algunos semestres, hemos estado incorporando lectores asignados. Las y los docentes participan como lectores, y a los estudiantes se les solicita un texto previo para que pueda ser revisado con anticipación y comentado dentro del coloquio. La idea es que la experiencia sea más enriquecedora para las investigaciones de nuestros estudiantes



tesis. Es uno de esos aspectos en los cuales hemos procurado mejorar, detectar alguna área de oportunidad.

En cuanto al número de actividades académicas y en cuanto al perfil de los conferencistas, creo que no habría mayores cambios. Solamente yo me propondría –insisto, si yo siguiera como responsable de estas actividades– mantener el mismo ritmo y la misma calidad. Me siento muy orgulloso de que hemos recibido a extraordinarios académicos, investigadores y responsables de archivos –varios de ellos lamentablemente ya fallecidos–, y creo que mi objetivo sería continuar con este ritmo y perfil. Pensar por ejemplo en una mayor participación de académicos extranjeros, aunque podría parecer un ideal, no sé hasta qué punto lo sería, pues la vocación de la cátedra es la historia regional. Por supuesto que estamos abiertos a la participación de académicos extranjeros, pero creo que el perfil de la cátedra no sería cubrirse netamente con investigadores de procedencia extranjera. También es cierto que hay académicos en el extranjero que trabajan sobre nuestra región, y sería extraordinario poder incluir a quienes no hemos tenido la posibilidad de invitar.

Por último, ¿qué mensaje o reflexión final darías para nuestros lectores de la revista Cultura Regional, muchos de los cuáles son estudiantes de la licenciatura en Historia?

Creo que podría dividir mi mensaje en tres planteamientos. El primero es que los invitaría a conocer y valorar el incansable trabajo que desarrolló el profesor Israel Cavazos Garza, un historiador muy





valorado por algunos, no suficientemente valorado por otros, pero que creo que debería ser conocido, reconocido y respetado por su extraordinario trabajo, en el cual él fue pionero. En segundo lugar, en general, invitaría a los lectores a interesarse por el conocimiento histórico, por leer sobre historia en general, y de preferencia la historia que desarrollamos las y los académicos. Discursos históricos, o pseudohistóricos, los podemos encontrar en reels o en muchas partes. Sin embargo, creo que debemos tener un cierto discernimiento y ser selectivos en cuanto a lo que leemos, al conocimiento que asimilamos, y yo los invitaría a acercarse al conocimiento histórico a través de los

investigadores, historiadores y académicos. En tercer lugar, invitaría a los lectores a acudir a las actividades de la Cátedra Israel Cavazos Garza. Estas actividades siempre han estado abiertas al público general, aunque nuestros principales asistentes han sido las y los estudiantes —y estamos orgullosos de ello—, pero la cátedra es de libre acceso para el público en general. De hecho, las invitaciones se publican en las redes sociales de la Facultad de Filosofía y Letras, pues no son eventos cerrados o exclusivos, sino abiertos. Ojalá que las actividades que desarrollamos despierten el interés de las y los lectores y que nos puedan acompañar en el futuro.